

Evidentemente **los laicos o seculares no tienen el sacerdocio ministerial**, para el que es necesario recibir el Sacramento del Orden, y que convierte a los consagrados en “administradores de los misterios de Dios” (1Cor 4,1), al servicio del Sacerdocio de Cristo y al servicio del sacerdocio común de los fieles. Pero sí tienen todos los fieles este “**sacerdocio común**” que nos adquiere Cristo al redimirnos y **se nos otorga con el Bautismo**, que es la Puerta para los demás Sacramentos.

El Bautizado tiene un privilegio mayor que los sumos sacerdotes de la Antigua Alianza, que no podían entrar en el Santuario sino solamente una vez al año, y durante una ceremonia de expiación (Lev 16,2; Heb 9,7). Por el Sacerdocio común que recibimos en el Bautismo, todos los cristianos disfrutamos de este privilegio sacerdotal, máxime cuando nos alimentamos del Santísimo Sacramento; incluso nosotros somos el mejor Templo en el que Dios desea morar: “*¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?*» (1 Cor 3,16). Ya lo había dicho Cristo: “*Si alguno me ama, guardará mi palabra; y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y en él haremos morada*” (Jn 14,23).

Por el Bautismo participamos de la Misión de Cristo como Sacerdote y Víctima, cuando nos ofrecemos al Padre con todo lo que somos y tenemos, con todo lo que podamos ser y tener, nuestras obras, sufrimientos y gozos,...; y el momento más apropiado para hacerlo es **el Ofertorio de la Santa Misa**. Allí **hemos de presentarnos como víctimas** que desean unirse a la Víctima que las salva y las acoge y las introduce en el Misterio de la Unidad en la Trinidad, Misterio del Amor Divino.

Lo dice San Pablo: “*Os ruego... que ofrezcáis vuestros cuerpos (vuestra vida) como hostia viva, santa, grata a Dios; este es vuestro culto racional; que no os adaptéis a este Mundo*” (Rom 12,1). Es muy expresivo este texto: si nos entregamos a Dios como “hostia” –es decir, totalmente- no podemos amar al Mundo y seguir sus modas y corrientes. Insiste en ello la Carta de Santiago: “*Quien pretende ser amigo del Mundo se hace enemigo Dios*” (Sant 4,4). O con palabras del mismo Cristo: “*Quien no está conmigo está contra Mí; y el que conmigo no recoge, desparrama*” (Lc 11,23).” La misma doctrina expone S. Pedro cuando compara a los fieles como “*piedras vivas*” de la “*casa espiritual de un Sacerdocio Santo, para ofrecer sacrificios espirituales agradables a Dios por Jesucristo*” (1Ped 2,5).

En este sentido comenta el Papa **San León Magno** (s.V): “*¿Qué hay de más sacerdotal que ofrecer a Dios una conciencia pura y la víctima inmolada de nuestra religiosidad en el altar del corazón?*”

Los sacerdotes ofrecían sacrificios. Como Sacerdote, Cristo se ofrece a sí mismo; *“obediente hasta la muerte y muerte de Cruz”* (Fil 2,8), ofrece toda su Voluntad, toda su Sangre, para que sea derramada según la Voluntad del Padre. Los cristianos, en nuestro sacerdocio común, hemos de hacer lo mismo: ofrecer toda nuestra existencia al Padre; decirle como Carlos de Foucauld: *“Padre, haz de mí lo que quieras. Sea lo que sea te doy las gracias. Lo acepto todo con tal de que tu Voluntad se cumpla en mí y en todas tus criaturas”*.

De este ofrecimiento absoluto (oblación) de nuestra vida, unido al Sacrificio de Cristo, el Padre Eterno sacará gracias abundantes que no podemos imaginar, ni tenemos por qué conocer ni controlar.

Y otro momento importante en el que **hemos de actuar como Sacerdotes llega nada más Comulgar.** El seglar no ha consagrado, no tiene el Sacerdocio ministerial, pero se le ha entregado a la Víctima Sagrada, es suya. Durante unos minutos, en el altar de su corazón tiene al Hijo de Dios en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad; y **como sacerdote debe ofrecerlo al Padre.**

¡Qué bien lo explica el Ángel de Portugal a los pastorcillos de Fátima! Arrodillados, con la frente en el suelo, adorando la Sagrada Forma y el Santo Cáliz suspendidos en el aire, les manda decir esta Oración:

“Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, yo os adoro profundamente y os ofrezco el Preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de nuestro Señor Jesucristo, presente en todos los Sagrarios del Mundo, en reparación de los ultrajes con los que Él es ofendido. Por los méritos infinitos del Sagrado Corazón de Jesús y del Inmaculado Corazón de María, os pido la conversión de los pecadores”.



Nosotros teníamos que recitar esta Oración, sintiendo lo que decimos, nada más comulgar, adaptándola al gran momento que estamos viviendo. Quedaría así:

*“Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, yo os adoro profundamente y os ofrezco el Preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de nuestro Señor Jesucristo, presente **en mí** y en todos los Sagrarios del Mundo, en reparación de los ultrajes con los que Él es ofendido. Por los méritos infinitos del Sagrado Corazón*

de Jesús y del Inmaculado Corazón de María, os pido la conversión de los pecadores”.

Y todavía mejor, si la alargamos y adaptamos como nuestro corazón nos pida en tan grandioso momento. Ojalá todos los Sacerdotes respeten al menos 5 minutos de silencio litúrgico absoluto –cantos y música- para dejar a los fieles ejercer su “ministerio” sacerdotal, esponjarse en la Sangre de Cristo e iniciar **la acción de gracias** que luego debiera prolongarse después del “podéis ir en paz”. Como Apóstoles de la Eucaristía, pidamos a los Sacerdotes ese tiempo de silencio. (Foto: los pastorcitos en el lugar de las apariciones. Jacinta (7 años), Francisco (9) y Lucía (10).

b) Participamos en la misión profética de Cristo evangelizando en su Nombre. Y hemos de hacerlo imitándolo. ¿Cómo fue la Primera Evangelización? Predicando y haciendo Milagros como señales del Amor de Dios; es decir: sembrando la semilla de la Palabra de Dios y regándola con el Amor, con la Caridad que Cristo llevó hasta el extremo: *“me amó y se entregó por mí”* (Gal 2,20). Él regó con su Sangre la Semilla de la Palabra del Padre.

> El Bautismo, pues, nos llama a participar en la Misión de Cristo de **incendiar el Mundo con el Amor Divino**. Hacernos miembros de un solo Cuerpo, el Cuerpo Místico de Cristo, quiere decir que todos estamos unidos compartiendo la misma Sangre salvadora, que hemos de vivir en Caridad pues somos todos hermanos, hijos del mismo Padre y herederos del mismo Reino.

El “discípulo amado” lo entendía bien: *“Dios es Caridad (Amor) y el que vive en la Caridad permanece en Dios y Dios en él”* (1Jn 4,16). *“Si alguno dice que ama a Dios pero aborrece a su hermano, miente”*(1Jn 4,20). Por eso nos dice S. Pablo: *«No os olvidéis de hacer el bien y de ayudaros mutuamente, porque en tales sacrificios se complace Dios»* (Hb 13,16). Y el mismo Cristo: *“Os doy un Mandamiento nuevo: **que os améis los unos a otros como Yo os he amado; así también, amaos mutuamente. En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si tenéis Caridad unos para con otros”** (Jn 13, 34-35).”*

> En esta vida de Caridad se entiende a la perfección que no somos dueños de nosotros mismos, que **sólo somos administradores de nuestros bienes**, talentos, dinero, salud,... y que un día habremos de dar cuentas a Dios de nuestra gestión. *“¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste ¿de qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (1Cor 4,7)”*

> A imitación de Cristo, **la vida de Caridad entraña sacrificios.**

-En primer lugar, la vida de **Caridad Apostólica**, el ser Testigos de Cristo en una sociedad que rechaza los principios del Evangelio. Porque los que no acepten la “Sana Doctrina” se dedicarán a perseguir a los verdaderos católicos; máxime en estos tiempos de Apostasía. Cristo lo dice: “*Si me persiguieron a Mí también a vosotros os perseguirán*” (Jn 15,20), pero “*Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y con mentira digan contra vosotros todo género de mal por Mí. Alegraos y regocijaos, porque grande será vuestra recompensa en los Cielos...*” (Mt 5,11).

Un bautizado no puede dejar de ser Apóstol. La vela que se enciende en el Cirio Pascual explica de forma muy gráfica la misión del bautizado: ser Luz de Cristo en medio de las tinieblas del Mundo en el que nos toca vivir. Y es una misión irrenunciable: “*Nadie, después de haber encendido una lámpara, la cubre con una vasija ni la pone debajo de la cama, sino que la coloca sobre el candelero para que los que entran vean*” Lc 8,16).

Quede claro, entonces, que el bautizado tiene que hablar de Cristo a los que le rodean, tiene que predicar en su ambiente, tiene que transfigurarse para dejar que los demás vean al Hijo de Dios que vive en su corazón. Es una tentación diabólica pensar que esta misión es sólo propia de curas y de frailes o monjas. Y también en esta misión Apostólica el bautizado ha de sacrificar su tiempo, su dinero,... y hasta su salud. A fin de cuentas, nos dice Jesús: “*El que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por Mí, la hallará*” (Mt 16,25)

-En segundo lugar, la vida de Caridad nos lleva a practicar las 14 **Obras de Misericordia** que enseña el Catecismo, a vivir orientados a servir a los demás, en quienes hemos de acostumbrarnos a ver el Rostro de Jesús. Esto supone al principio el sacrificio de renunciar a un espíritu avaro, egoísta, cómodo,... Pero si somos fieles en ese camino, no tardaremos en experimentar que “*Hay más felicidad en dar que en recibir*” (Hech 20,35).

Se entiende por lo que hemos visto, que la Caridad como servicio al prójimo se refiere no sólo al aspecto material y económico sino sobre todo espiritual: “*No sólo de pan vive el hombre sino de toda Palabra que sale de la boca de Dios*” (Mt 4,4). Y “*Buscad primero el Reino de Dios y su Justicia, que todo lo demás se os dará por añadidura*” (Mt 6,33).